

Cola de León del Bloque Económico del Norte

3 Oct, 1990

La Caída del Muro Mexicano

- ★ En EU, Indiferencia Ante un TLC, Aquí, Resignación
- ★ La Elite Política Perderá la Autonomía que hoy Tiene
- ★ Poco Ganará la Sociedad con el Traslado del Poder

LORENZO MEYER

A mediano, y sobre todo a largo plazo, la privatización de la economía y el propuesto Tratado de Libre Comercio (TLC) entre México, Estados Unidos y posiblemente Canadá, encierran la posibilidad de que la élite política mexicana deje de ser la cabeza de ratón que ha sido y se convierta en la cola del león del futuro bloque económico de la América del Norte.

Abordemos el tema por la puerta que abre un artículo

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

La Caída del Muro Mexicano

Signo de la primera plana

aparecido en The New Republic (10-17 de septiembre), producto de la pluma del politólogo estadounidense, Robert Pastor, coautor con Jorge G. Castañeda de un libro sobre la relación entre nuestro país y Estados Unidos. Pastor señala que por fijarse en la espectacular caída del Muro de Berlín, la opinión pública estadounidense no se ha percatado de la caída paulatina de otro muro más antiguo e importante para Estados Unidos: el invisible muro económico y político que desde el siglo pasado habían levantado sucesivos gobiernos mexicanos para mantener una barrera entre su debilidad y la prepotencia del poderoso vecino del norte. Para evitar el autodenigrante término "Muro de Nopal", propongo denominarlo Muro Histórico Mexicano o simplemente (negro, rojo y amarillo) MHM.

La desaparición total del MHM sólo tendrá lugar el día en que el gobierno estadounidense apruebe la solicitud del Presidente Carlos Salinas para la firma del TLC entre los dos países, pero ese hecho será más simbólico que real, pues desde ahora, el viejo muro ya no sirve para separar o detener casi nada.

Y ya que el profesor Pastor decidió usar el símil de la caída del Muro de Berlín para subrayar el significado profundo de la destrucción del MHM, propongo llevar su argumento más lejos. De entrada, llama la atención que la euforia que produjo la destrucción del Muro de Berlín no se haya repedido en el caso de la caída del supuesto muro mexicano. El profesor Pastor sí se muestra genuinamente entusiasmado por el hecho, y su entusiasmo es compartido por otros políticos, académicos, diplomáticos, periodistas, burocratas y empresarios a ambos lados del río Bravo, pero resulta evidente que el grueso de los ciudadanos de las dos sociedades a las que el MHM ya no separará, no dan señales de una alegría similar a la de sus élites.

En realidad, en la opinión pública de Estados Unidos domina una real indiferencia frente a la posibilidad de construir un mercado común con su vecino del sur. Y en México lo que prevalece es la indiferencia o la resignación. Una buena parte de la multitud de alemanes del Este que celebraron la caída de su muro lo hicieron porque consideraron que con la desaparición de esa barrera se iba el autoritarismo y entraba la ayuda masiva y la prosperidad económica. En contraste, en México, a la demolición salinista del MHM no se le asocia con el fin inevitable del autoritarismo político —puede incluso ocurrir lo contrario—, ni se considera que con la desaparición de las barreras arancelarias y administrativas entre México y Estados Unidos, el subdesarrollo y la marginalidad social mexicanas se vayan a quedar atrás: Puerto Rico está ahí para recordarnos que la cercanía económica con Estados Unidos no garantiza el ingreso al Primer Mundo.

Pero la inseguridad sobre el futuro que nos espera a los mexicanos al ligarnos de manera más íntima y permanente con Estados Unidos —terminaremos por ser simplemente una gran zona maquiladora con nuestro petróleo a

disposición del mercado vecino?— no agota el tema de la comparación de la caída de los dos muros. Hay, por lo menos, otro aspecto que vale la pena explorar. Como todos sabemos, la unificación de las dos Alemaniás llevó a que toda una clase política perdiera el poder, y a que la naturaleza del proceso tanto económico como político de la ex Alemania Democrática queden subordinados a lo que ocurra en la región occidental. Y es en este punto donde uno se puede preguntar: ¿Con el TLC no se llega al principio del fin de la independencia relativa de la clase gobernante mexicana? ¿La cabeza de ratón no terminará por ser sólo la cola del gran león?

México se va a mantener como nación pese a la caída del muro que el nacionalismo revolucionario mexicano levantó como defensa de su viabilidad. Sin embargo, hay razones para suponer que quienes recibían en 1994 el poder político de manos de los salinistas derribamuros, ya no podrán disfrutar de la gran autonomía que constituyó el signo distintivo de la clase política mexicana postrevolucionaria, y que la hacía excepcional dentro del panorama latinoamericano.

Cuando la producción para el mercado estadounidense-canadiense sea ya la razón de ser del sistema económico mexicano, cuando la inversión directa estadounidense-canadiense controle ya los sectores dinámicos de nuestra actividad económica y le asigne a nuestro país las tareas específicas a desempeñar dentro de la zona económica de la América del Norte, cuando los empresarios mexicanos queden asegurados dentro de la tupida red de relaciones y subordinaciones que deberán tejer con los consorcios estadounidense-canadienses, cuando todo eso ocurra, entonces los grados de libertad de los gobernantes mexicanos estarán realmente limitados.

Cuando el TLC entre en acción, los líderes mexicanos ya no podrán encabezar transformaciones sustantivas de las estructuras de propiedad como fueran las expropiaciones agrarias y la nacionalización petrolera de los años treinta; tampoco podrán dar golpes a la burguesía nacional como las expropiaciones agrarias de Echeverría o la nacionalización bancaria de 1982. Por la misma razón le será muy difícil a los gobernantes mexicanos del futuro adoptar posiciones internacionales antagonicas o simplemente diferentes de las de Estados Unidos, como ocurrió en los casos de las revoluciones cubana y nicaragüense. Ni qué decir que acciones como las que hubiera podido tomar Miguel de la Madrid frente a la enorme deuda externa mexicana pero que finalmente decidió no tomar —la moratoria de pagos— no podrán ni soñarse en el postsalinismo.

La fuerza de la Presidencia de Carlos Salinas es, en buena medida, resultado del hecho de que el Presidente mexicano se encuentra a la cabeza de una formidable coalición de élites nacionales y extranjeras —básicamente élites económicas, pero no exclusivamente—, y que se formó con el propósito de llevar adelante la destrucción del estatismo y del Muro Histórico mexicano. Sin embargo, cuando este proceso de destrucción llegue a su

culminación lógica, esas élites nacionales y extranjeras que ahora apoyan sin reservas al Presidente y a la Presidencia, ya no necesitarán de una institución política tan fuerte y autónoma como la de ahora. Los que en este momento ven en la presidencia salinista el liderazgo político indispensable e insustituible, en poco tiempo se verán obligados a ponerle límites en aras de la seguridad de los nuevos intereses creados. En efecto, en el neoliberalismo maduro una presidencia tan fuerte como la que existe ahora, ya no sería funcional sino peligrosa.

Otra manera de expresar lo anterior, es esta: el capital político invertido por la presidencia en su gran proyecto modernizador neoliberal —la privatización de la empresa pública, el control de la inflación y la inserción definitiva de la economía mexicana en la de Estados Unidos y Canadá— se logró no por la vía de la legitimidad democrática sino hipotecando a la gran empresa privada nacional y extranjera una parte sustantiva de su tradicional autonomía. Y esa hipoteca se va a pagar en el futuro próximo, cuando el campo haya limpiado de los obstáculos que se oponen a la buena marcha de las fuerzas del mercado. En la lógica de ceder la responsabilidad de la asignación de los recursos económicos de la sociedad mexicana a las fuerzas que dirigen la producción para el mercado internacional, está también el que las decisiones económicas fundamentales del futuro ya no las podrá formular la clase política y su jefe nato, el Presidente, en la coledad de Palacio e imponerlas luego al resto de la sociedad. Para entonces, algunos de los actores privados —los que van a concentrar el capital y su administración— serán demasiado fuertes.

Dada la larga historia de irresponsabilidad, ineficacia, autoritarismo y corrupción de la clase política mexicana, muy pocos mexicanos van a derramar lágrimas porque la presidencia y su burocracia sufran una pérdida sustantiva de autonomía. Sin embargo, el objetivo histórico de la sociedad mexicana es el ser ella misma quien, finalmente y por la vía de los mecanismos democráticos, logre imponer los límites al presidencialismo. En realidad poco o nada habrá ganado el mexicano común con un traslado del poder político concentrado en el Presidente, a las manos de Legorreta y a las de sus famosos trescientos. Menos ganará la sociedad mexicana si ese poder se concentra en los socios internacionales de esos trescientos.

No mejoraría en nada nuestra situación como individuos y como colectividad que el destino político mexicano dejara finalmente de depender del egoísmo y la irresponsabilidad de la élite política y su burocracia para pasar a depender del egoísmo e irresponsabilidad de la plutocracia local e internacional. Justamente por ello es indispensable que entre las condiciones para transferir del pasado estatista al futuro neoliberal esté, en primer lugar, el fin del autoritarismo y el principio de la democracia política mediante el arraigamiento de un verdadero sistema de partidos.